

LA PLAZA DEL DIAMANTE

MERCÈ RODORÉDA

LA PLAZA
DEL DIAMANTE



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *La plaça del Diamant*

Traducción de Enrique Sordo

Diseño de la cubierta: Edhasa

Primera edición: abril de 2018

© Institut d'Estudis Catalans, 1986
© del prólogo: Gabriel García Márquez, 1991
y Herederos de Gabriel García Márquez
© de la presente edición: Edhasa, 2018
Diputación, 262, 2^ª1^ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1135-8

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 7773-2018

Impreso en España

A J.P.

My dear, these things are life

Meredith

¿Sabe usted quién era Mercè Rodoreda?

La semana pasada pregunté por Mercè Rodoreda en una librería de Barcelona y me dijeron que había muerto hace un mes. La noticia me causó una pena muy grande, primero por la admiración muy justa que siento por sus libros, y segundo por el hecho inmerecido de que la noticia de su muerte no se hubiera publicado fuera de España con el despliegue y los honores debidos. Al parecer, pocas personas saben fuera de Cataluña quién era esa mujer invisible que escribía en un catalán espléndido unas novelas hermosas y duras como no se encuentran muchas en las letras actuales. Una de ellas –*La plaza del Diamante*– es, a mi juicio, la más bella que se ha publicado en España después de la guerra civil.

La razón de que se la conozca tan poco, aún dentro de España, no puede atribuirse a que hubiera escrito en una lengua de ámbito reducido, ni a que sus dramas humanos transcurran en un rincón secreto de la muy secreta ciudad de Barcelona, pues sus libros han sido traducidos a más de diez idiomas y en todos ellos han sido objeto de comentarios críticos mucho más entusiastas de los que merecieron en su propio país. «Éste es uno de los libros de alcance universal que haya escrito

el amor», escribió en su momento el crítico francés Michel Cournot, refiriéndose a *La plaza del Diamante*. Diana Athill, sobre la versión inglesa, escribió: «Es la mejor novela publicada en España en muchos años». Y un crítico del *Publisher Weekly*, en Estados Unidos, escribió que era una novela extraña y maravillosa. Sin embargo, hace algunos años, y con motivo de alguno de tantos aniversarios, se hizo una encuesta entre escritores españoles de hoy para tratar de establecer, según su criterio, cuáles eran los diez mejores libros escritos en España después de la guerra civil, y no recuerdo que ninguno hubiera mencionado *La plaza del Diamante*. En cambio, muchos citaron con toda justicia *La forja de un rebelde*, de Arturo Barea. Lo curioso es que este libro, cuyos cuatro tomos apretados habían sido publicados a fines de la cuarta década de este siglo en Buenos Aires, no había sido todavía publicado en España y, en cambio, *La plaza del Diamante* llevaba ya veintiséis ediciones en catalán. Yo la leí en castellano por esos tiempos, y mi deslumbramiento fue apenas comparable al que me había causado la primera lectura de *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, aunque los dos libros no tienen en común sino la transparencia de su belleza. A partir de entonces, no sé cuántas veces la he vuelto a leer, y varias de ellas en catalán, con un esfuerzo que dice mucho de mi devoción.

La vida privada de Mercè Rodoreda es uno de los misterios mejor guardados de la muy misteriosa ciudad de Barcelona. No conozco a nadie que la haya conocido bien, que pueda decir a ciencia cierta cómo era, y sus libros sólo permiten vislumbrar una sensibilidad casi

excesiva y un amor por sus gentes y por la vida de su vecindario que es quizá lo que les da un alcance universal a sus novelas. Se sabe que pasó la guerra civil en la casa familiar de San Gervasio, y su estado de alma de ese tiempo es evidente en sus libros. Se sabe que después se fue a vivir a Ginebra, y que allí escribió al rescoldo de sus nostalgias. «Cuando empecé a escribir la novela apenas si recordaba cómo era la plaza del Diamante», escribió en unos de sus prólogos, que son muestras ejemplares de su conciencia de novelista. Alguien que no sea otro escritor podría sorprenderse de que la autora hubiera logrado una recreación tan minuciosa y lúcida de sus lugares y sus gentes a partir de una vivencia remota, casi perdida entre las brumas de la infancia. «Sólo recordaba», ha escrito en el prólogo de una edición catalana, «cuando tenía trece o catorce años, que una vez, por la fiesta mayor de Gracia, fui a caminar por las calles con mi padre. En la plaza del Diamante habían levantado una carpa, como en otras plazas, por supuesto, pero la que siempre recordé fue aquélla. Al pasar frente a esa caja de música, yo, a quien mis padres habían prohibido bailar, tenía unos deseos desesperados de hacerlo, y andaba como una ánima en pena por las calles adornadas.» Mercè Rodoreda suponía que fue a causa de esta frustración que muchos años después, en Ginebra, empezó su novela con aquella fiesta popular. En general, esa ansiedad de bailar, que sus padres reprimieron siempre porque no era admisible en una chica decente, ha sido identificada por la propia escritora como la contrariedad original que le dio el impulso para escribir.

Pocos autores han hecho precisiones tan certeras y útiles sobre el proceso subconsciente de la creación literaria como las que hizo Mercè Rodoreda en los prólogos de sus libros. «Una novela es un acto mágico», escribió. Hablando de *El espejo roto* –su novela más larga– hizo otra revelación casi alquímica: «Eladi Farriols, muerto y tendido en una biblioteca de una casa señorial, me resolvió el primer capítulo del modo más inesperado». En otra parte dijo: «Las cosas tienen una gran importancia en la narración. Y la han tenido siempre, mucho antes de que Robbe-Grillet escribiera *Le voyeur*». Conocí esta declaración mucho después de que su autora me hubiera deslumbrado con la sensualidad con que hace ver las cosas en el aire de sus novelas, mucho después de que me hubiera asombrado la luz nueva con que las iluminan sus palabras. Un escritor que todavía sabe cómo se llaman las cosas tiene salvada la mitad del alma, y Mercè Rodoreda lo sabía a placer en su lengua materna. En castellano, en cambio, no todos los escritores lo sabemos, y en algunos se nota más de lo que nosotros mismos creemos.

Creo –si no recuerdo mal– que Mercè Rodoreda es la única escritora (o el único escritor) que he visitado sin conocerla, impulsado por una admiración irresistible. Supe por nuestro editor común, hace unos doce años, que ella estaba en Barcelona por pocos días, y me recibió en un apartamento provisional, amueblado de un modo muy sobrio y con una sola ventana que daba sobre el jardín crepuscular de Monterolas. Me sorprendió su aire distraído que más tarde encontré definido

en uno de sus prólogos: «Quizá la más marcada de mis múltiples soledades sea una especie de inocencia que me hace sentirme bien en el mundo en que me ha tocado vivir». Entonces yo sabía que junto a la vocación literaria tenía una vocación paralela, tan dominante como la otra, y era la de cultivar flores. Hablamos de eso, que yo consideraba como otra forma de escribir, y entre rosas y rosas trataba de hablarle de sus libros y ella trataba de hablarme de los míos. Me llamó la atención que de todo lo escrito por mí le interesaba más que nada el gallo del coronel que no tenía quien le escribiera, y a ella le llamó la atención que me gustara tanto la rifa de la cafetera en *La plaza del Diamante*. Tengo hoy un recuerdo entre nieblas de aquel extraño encuentro, que sin duda no fue uno de los recuerdos que ella se llevó a la tumba, pero para mí fue la única vez que conversé con un creador literario que era una copia viva de sus personajes. Nunca supe por qué, al despedirme en el ascensor, me dijo: «Usted tiene mucho sentido del humor». Nunca más tuve noticias de ella hasta esta semana, en que supe por casualidad, y en mala hora, que le había ocurrido el único percance que podía impedirle seguir escribiendo.

Gabriel García Márquez

Publicado originalmente el 18 de mayo de 1983

I

La Julieta vino expresamente a la pastelería para decirme que, antes de rifar el ramo, rifarían cafeteras; que ella ya las había visto: preciosas, blancas, con una naranja pintada, cortada por la mitad, enseñando los gajos. Yo no tenía ganas de ir a bailar, ni tenía ganas de salir, porque me había pasado el día despachando dulces, y las puntas de los dedos me dolían de tanto apretar cordeles dorados y de tanto hacer nudos y lazadas. Y porque conocía a la Julieta, que no tenía miedo a trasnochar y que igual le daba dormir que no dormir. Pero me hizo acompañarla quieras que no, porque yo era así, que sufría si alguien me pedía algo y tenía que decirle que no. Iba de blanco de pies a cabeza; el vestido y las enaguas almidonadas, los zapatos como un sorbo de leche, las arracadas de pasta blanca, tres pulseras de aro que hacían juego con las arracadas y un bolso blanco, que la Julieta me dijo que era de hule, con el cierre en forma de concha de oro.

Cuando llegamos a la plaza ya tocaban los músicos. El techo estaba adornado con flores y cadenitas de papel de todos los colores: una tira de cadenita, una tira de flores. Había flores con una bombilla dentro y todo el techo parecía un paraguas boca abajo, porque

las puntas de las tiras, por los lados, estaban atadas más arriba que en el centro, donde todas se unían. La cinta de goma de las enaguas, que tanto trabajo me había costado pasar con una horquilla que se enganchaba, abrochada con un botoncito y una presilla de hilo, me apretaba. Ya debía de tener una señal roja en la cintura. De vez en cuando respiraba hondo, para ensanchar la cinta, pero en cuanto el aire me salía por la boca la cinta volvía a martirizarme. El entarimado de los músicos estaba rodeado de esparragueras que hacían de barandilla, y las esparragueras estaban adornadas con flores de papel atadas con alambre delgadito. Y los músicos, sudados y en mangas de camisa. Mi madre muerta hacía años y sin poder aconsejarme y mi padre casado con otra. Mi padre casado con otra y yo sin madre, que sólo había vivido para cuidarme. Y mi padre casado y yo jovencita y sola en la plaza del Diamante, esperando a que rifasen cafeteras, y la Julieta gritando para que la voz pasase por encima de la música, ¡no te sientes, que te arrugarás!, y delante de los ojos las bombillas vestidas de flor y las cadenitas pegadas con engrudo y todo el mundo contento, y mientras estaba en Babia una voz que me dice al oído: ¿bailamos?

Casi sin darme cuenta contesté que no sabía y me volví para mirar. Me topé con un rostro que de tan cerca como lo tenía no vi bien cómo era, pero era el rostro de un muchacho. Es igual, me dijo, yo sé mucho y le enseñaré. Pensé en el pobre Pere, que en aquellos momentos estaría encerrado en el sótano del Colón cocinando con delantal blanco, y cometí el disparate de decir:

—¿Y si mi novio se entera?

El muchacho se puso todavía más cerca y dijo riendo, ¿tan jovencita y ya tiene novio? Y cuando se rió los labios se le estiraron y le vi todos los dientes. Tenía unos ojitos de mono y llevaba una camisa blanca con rayitas azules, arremangada sobre los codos y con el botón del cuello desabrochado. Y aquel muchacho de pronto se volvió de espaldas y se puso de puntillas y miró de un lado a otro y se volvió hacia mí y dijo, perdone, y se puso a gritar: ¡Eh!... ¿habéis visto mi americana? ¡Estaba al lado de los músicos! ¡En una silla! ¡Eh!... Y me dijo que se le habían llevado la americana y que volvía enseguida y que si quería hacer el favor de esperarle. Se puso a gritar. ¡Cintet!... ¡Cintet! La Julieta, de color de canario, con bordados verdes, salió de no sé dónde y me dijo: tápame que me tengo que quitar los zapatos... no puedo más... Le dije que no me podía mover porque un joven que buscaba la americana y que estaba empeñado en bailar conmigo me había dicho que le esperase. Y la Julieta me dijo, baila, baila... Y hacía calor. Los chiquillos tiraban cohetes y petardos por las esquinas. En el suelo había pipas de sandía y por los rincones cáscaras de sandía y botellas vacías de cerveza y por las azoteas también encendían cohetes. Y por los balcones. Veía caras relucientes de sudor y muchachos que se pasaban el pañuelo por la cara. Los músicos tocaban, contentos. Todo como en un decorado. Y el pasodoble. Me encontré yendo arriba y abajo y, como si viniese de lejos estando tan cerca, oí la voz de aquel muchacho que me decía, ¿ve usted

como sí sabe bailar? Y sentía un olor de sudor fuerte y un olor de agua de colonia evaporada. Y los ojos de mono brillando al ras de los míos y a cada lado de la cara la medallita de la oreja. La cinta de goma clavada en la cintura y mi madre muerta y sin poder aconsejarme, porque le dije a aquel muchacho que mi novio hacía de cocinero en el Colón y se rió y me dijo que le compadecía mucho porque dentro de un año yo sería su señora y su reina. Y que bailaríamos el ramo en la plaza del Diamante.

 Mi reina, dijo.

 Y dijo que me había dicho que dentro de un año sería su señora y que yo ni le había mirado, y le miré y entonces dijo, no me mire así, porque tendrán que levantarme del suelo y fue cuando le dije que tenía ojos de mono y venga a reír. La cinta en la cintura parecía un cuchillo y los músicos, ¡tararí!, ¡tararí! Y la Julieta no aparecía por ninguna parte. Desaparecida. Y yo sola con aquellos ojos delante, que no me dejaban. Como si todo el mundo se hubiese convertido en aquellos ojos y no hubiese manera de escapar de ellos. Y la noche avanzaba con el carro de las estrellas y la fiesta avanzaba y el ramo y la muchacha del ramo, toda azul, girando y girando... Mi madre en el cementerio de San Gervasio y yo en la plaza del Diamante... ¿Vende cosas dulces? ¿Miel y confitura?... Y los músicos cansados dejaban las cosas dentro de las fundas y las volvían a sacar de dentro de las fundas porque un vecino pagaba un vals para todo el mundo y todos como peonzas. Cuando el vals se acabó la gente empezó a salir. Yo dije que había

perdido a la Julieta y el muchacho dijo que él había perdido al Cintet y dijo, cuando estemos solos, y todo el mundo esté metido dentro de sus casas y las calles vacías, usted y yo bailaremos un vals de puntas en la plaza del Diamante... gira que gira, Colometa. Lo miré muy incomodada y le dije que me llamaba Natalia y cuando le dije que me llamaba Natalia volvió a reírse y dijo que yo sólo podía tener un nombre: Colometa. Entonces fue cuando eché a correr y él corría detrás de mí, no se asuste... ¿no ve que no puede ir sola por las calles, que me la robarían?... y me cogió del brazo y me paró, ¿no ve que me la robarían, Colometa? Y mi madre muerta y yo parada como una tonta y la cinta de goma en la cintura apretando, apretando como si estuviese atada en una ramita de esparraguera con un alambre.

Y eché a correr otra vez. Y él detrás de mí. Las tiendas cerradas con la persiana ondulada delante y los escaparates llenos de cosas quietas, tinteros y secantes y postales y muñecas y tela extendida y cacharros de aluminio y géneros de punto... Y salimos a la calle Mayor, y yo arriba, y él detrás de mí y los dos corriendo, y al cabo del tiempo todavía a veces lo contaba, la Colometa, el día que la conocí en la plaza del Diamante, arrancó a correr y delante mismo de la parada del tranvía, ¡pata-plaf!, las enaguas por el suelo.

La presilla de hilo se rompió y allí se quedaron las enaguas. Salté por encima, estuve a punto de enredarme un pie en ellas y venga correr como si me persiguieran todos los demonios del infierno. Llegué a casa y a oscu-

ras me tiré en la cama, en mi cama de soltera, de latón, como si tirase una piedra. Me daba vergüenza. Cuando me cansé de sentir vergüenza, me quité los zapatos de un puntapié y me deshice el pelo. Y Quimet, al cabo del tiempo todavía lo contaba como si fuese una cosa que acabase de pasar, se le rompió la cinta de goma y corría como el viento...

II

Fue muy misterioso. Me había puesto el vestido de color de palo de rosa, un poco demasiado ligero para aquel tiempo, y tenía la piel de gallina cuando esperaba a Quimet en una esquina. Desde detrás de una persiana de librillo, al cabo de un rato de hacer el pasmarote, me pareció que alguien me miraba porque vi cómo los librillos de un lado se movían un poco. Había quedado con Quimet en que nos encontraríamos junto al parque Güell. Salió un niño de un portal, con un revólver en el cinturón y una escopeta apuntada y pasó rozándome la falda y gritando, mееequi... mееequi... Bajaron las maderas de la persiana, la persiana se abrió de par en par, y un joven en pijama me hizo pst... pst... con los labios, y con un dedo haciendo gancho, me hacía señas de que me acercase. Para estar más segura me puse un dedo en el pecho como señalándome, y, mirándole, dije bajito, ¿yo? Sin oírme me entendió y dijo que sí con la cabeza, que la tenía preciosa, y atravesé la calle y me acerqué a él. Cuando estuve al pie del balcón el joven me dijo, entra, que echaremos una siestecita.

Me puse de mil colores y me di la vuelta enfadada, sobre todo conmigo misma, y con angustia, porque

sentía que el joven me miraba la espalda y me atravesaba la ropa y la piel. Me puse de manera que el joven del pijama no me viese, pero temí que, estando así medio escondida, el que no me viese fuese el Quimet. Pensaba en lo que pasaría, porque era la primera vez que teníamos que encontrarnos en un parque. Por la mañana no había dado pie con bola pensando en la tarde porque tenía un desasosiego que no me dejaba vivir. Quimet me había dicho que nos encontraríamos a las tres y media y no llegó hasta las cuatro y media; pero no le dije nada porque pensé que a lo mejor lo había entendido mal y que la que se había equivocado era yo y como él no dijo ni medía palabra de excusa... No me atreví a decirle que los pies me dolían de tanto estar parada porque llevaba zapatos de charol, de mucho abrigo, y que un joven se había tomado algunas libertades. Empezamos a subir sin decirnos ni una triste palabra y cuando estuvimos arriba de todo se me pasó el frío y la piel se me volvió a poner lisa como siempre. Le quería explicar que había reñido con el Pere, que todo estaba arreglado. Nos sentamos en un banco de piedra en un rincón oculto, entre dos árboles cargados de hojas, con un mirlo que salía de abajo, iba de un árbol a otro dando pequeños gritos, un poco roncós, y estábamos un rato sin verle hasta que volvía a salir de abajo cuando ya no pensábamos en él, y volvía a hacer lo mismo. Sin mirarle, por el rabillo del ojo, veía a Quimet que miraba las casas, pequeñas y lejos. Por fin dijo, ¿no te da miedo este pájaro?

Le dije que me gustaba mucho y él me dijo que su madre siempre le había dicho que los pájaros ne-

gros traían desgracias, aunque fuesen mirlos. Todas las demás veces que me había visto con Quimet, después del primer día en la plaza del Diamante, la primera cosa que me preguntaba, echando la cabeza y el cuerpo hacia delante, era si ya había reñido con el Pere. Y aquel día no me lo preguntaba y yo no sabía de qué manera empezar a decirle que ya le había dicho al Pere que lo nuestro no podía ser. Y me dolía mucho habérselo dicho, porque el Pere se había quedado como una cerilla cuando después de haberla encendido la soplan. Y cuando pensaba que había reñido con el Pere tenía una pena dentro y esa pena me hacía darme cuenta de que había hecho una mala acción. Seguro: porque yo que me había sentido muy tranquila por dentro, cuando me acordaba de la cara que había puesto el Pere sentía como un dolor muy hondo, como si en el medio de mi paz de antes se abriese la puertecita de un nido de escorpiones y los escorpiones saliesen a mezclarse con la pena y a hacerla punzante y a derramárseme por la sangre y a ponérmela negra. Porque el Pere, con la voz estrangulada y las niñas de los ojos con un color empañado que le temblaba, me dijo que le había deshecho la vida. Que le había convertido en un poco de barro, en nada. Y mirando al mirlo fue cuando el Quimet empezó a hablar del señor Gaudí, que su padre le había conocido el día que le aplastó el tranvía, que su padre había sido uno de los que le habían llevado al hospital, pobre señor Gaudí, tan buena persona, mira qué muerte más miserable... Y que en el mundo no había nada como el parque Güell y como la Sagrada Familia y la Pedrera.

Yo le dije, demasiadas ondas y demasiados picos. Me dio un golpe en la rodilla con el canto de la mano que me hizo levantar la pierna de sorpresa y me dijo que si quería ser su mujer tenía que empezar a parecerme bien todo lo que a él le parecía bien. Me soltó un gran sermón sobre el hombre y la mujer y los derechos del uno y los derechos de la otra y cuando pude cortarle le pregunté:

—¿Y si una cosa no me gusta de ninguna manera?

—Tendrá que gustarte, porque tú no entiendes.

Y otra vez el sermón: muy largo. Salió a relucir mucha gente de su familia: sus padres, un tío que tenía capillita y reclinatorio, sus abuelos y las dos madres de los Reyes Católicos que eran, dijo, las que habían marcado el buen camino.

Y entonces, que al principio no acabé de entenderlo, porque lo mezcló con otras cosas que decía, dijo, pobre María...Y otra vez las madres de los Reyes Católicos y que a lo mejor nos podríamos casar pronto porque ya tenía dos amigos buscándole piso.Y que me haría unos muebles que en cuanto los viera me caería de espaldas porque para algo era ebanista y que él era como si fuese San José y que yo era como si fuese la Virgen.

Todo lo decía muy contento y yo estaba pensando en lo que había querido decir cuando había dicho, pobre María... y me iba apagando del mismo modo que se iba apagando la claridad, y el mirlo sin cansarse saliendo siempre de abajo y yendo de un árbol a otro y volviendo a salir de abajo como si fuesen muchos mirlos los que lo hicieran.

—Haré un armario que servirá para los dos, con dos cuerpos, con madera de haya. Y cuando tenga el piso amueblado haré la cunita del nene.

Me dijo que los niños le gustaban y no le gustaban. Que eso iba según la luna. El sol se ponía y, donde no daba, la sombra se volvía azul y rara. Y Quimet hablaba de maderas, que si una madera, que si otra, que si la jacaranda, que si la caoba, que si el roble, que si la encina... Fue entonces, me acuerdo muy bien y me acordaré siempre, cuando me dio un beso y así que empezó a darme el beso vi a Nuestro Señor en lo más alto de su casa, metido dentro de una nube inflada, rodeado de una cenefa de color de mandarina que estaba descolorida en una punta, y Nuestro Señor abrió los brazos muy abiertos, que los tenía muy largos, cogió la nube por los bordes y se encerró como si se encerrase dentro de un armario.

—Hoy no tendríamos que haber venido.

El primer beso se juntó con otro y todo el cielo se nubló. Yo veía la nube que iba escapándose poco a poco y salieron otras nubes más flacas y todas se pusieron a seguir a la nube gorda y Quimet sabía a café con leche. Y gritó, ¡ya cierran!...

—¿Cómo lo sabes?

—¿No has oído el silbato?

Nos levantamos, el mirlo escapó asustado, el aire me movía la falda... y bajamos, caminito abajo. Sentada en un banco de azulejos había una niña que se metía los dedos en la nariz y después pasaba el dedo por una estrella de ocho puntas que había en el respaldo del ban-

co. Llevaba un vestido del mismo color que el mío y yo se lo dije a Quimet. No me contestó. Cuando salimos a la calle le dije, mira, todavía entra gente... y me dijo que no me preocupase, que pronto les echarían. Íbamos calle abajo y en el momento en que estaba a punto de decirle, ¿sabes?, ya he reñido con el Pere, se paró en seco, se me puso delante, me cogió por los brazos y me dijo, mirándome como si fuese una persona de mala ley, pobre María...

Estuve a punto de decirle que no se preocupase, que me dijese lo que le pasaba con la María..., pero no me atreví. Me soltó los brazos, se me puso al lado otra vez, y hala para abajo, hasta que llegamos a Diagonal-Paseo de Gracia. Empezamos a dar vueltas alrededor de un montón de casas, y yo no podía más con mis pies. Cuando hacía media hora que dábamos vueltas me volvió a coger por los brazos, estábamos debajo de un farol, y cuando yo creía que me iba a decir otra vez pobre María, y aguantaba la respiración esperando que lo dijese, dijo con rabia:

—¡Si no llegamos a bajar pronto de allá arriba, entre el mirlo y todo lo demás, no sé lo que hubiera pasado!... ¡Pero no te fíes, porque el día que te pille te vas a enterar!

Seguimos dando vueltas a las casas hasta las ocho, sin decirnos ni una palabra, como si fuésemos mudos de nacimiento. Cuando me quedé sola miré al cielo y sólo era negro. Y no sé..., todo ello fue muy misterioso...

III

Me lo encontré plantado en la esquina, por sorpresa, un día que no tenía que venir a buscarme.

—¡No quiero que trabajes más para ese pastelero!
¡Me he enterado de que va tras las dependientas!

Me puse a temblar y le dije que no gritase, que no podía dejar la casa así, de cualquier manera, y sin educación, que, pobre hombre, no me decía nunca ni palabra y que vender dulces me gustaba y que si me hacía dejar de trabajar a ver qué... Me dijo que en el invierno, una tarde, cuando ya era oscuro, había venido a verme trabajar... Y dijo que mientras yo acompañaba a una clienta a escoger una caja de bombones al escaparate de la derecha, el pastelero me seguía con los ojos, no a mí, sino a mi trasero. Le dije que iba demasiado lejos y que sería mejor que lo dejásemos si no tenía confianza en mí.

—Sí que tengo confianza, pero no quiero que el pastelero se divierta.

—¡Te has vuelto loco —le dije—, es un señor que sólo piensa en su negocio! ¿Oyes?

Me enfadé tanto que la cara me ardía. Me cogió por el cuello con una mano y me zarandeó la cabeza. Le dije que se retirase y que si no me hacía caso llama-

ría a un guardia. Estuvimos tres semanas sin vernos y cuando ya me arrepentía de haberle dicho al Pere que entre nosotros todo se había acabado, porque el Pere al fin y al cabo era un buen muchacho que nunca me había dado ningún disgusto, volvió a comparecer, más tranquilo que el tronco de un árbol, y la primera cosa que me dijo, con las manos en los bolsillos, fue, y la pobre María a paseo por tu culpa...

Íbamos hacia la calle Mayor por la rambla del Prat. Se detuvo frente a una tienda que tenía muchos sacos en la puerta, metió la mano dentro de un saco lleno de arvejas, dijo, qué arvejas más bonitas... y seguimos andando. Se había quedado con unas cuantas arvejas en la mano y cuando yo estaba más distraída me las metió en la espalda por el cuello de la blusa. Me hizo pararme delante de un escaparate lleno de ropa de confección, ¿ves?, cuando estemos casados te haré comprar delantales como éstos. Yo le dije que parecían del hospicio y él dijo que eran como los que llevaba su madre y yo le dije que tanto me daba, que yo no quería llevarlos porque parecían del hospicio.

Dijo que me presentaría a su madre, que ya le había hablado de mí y que su madre tenía muchas ganas de ver cómo era la novia que su hijo había escogido. Fuimos un domingo. Vivía sola. Quimet estaba de pensión para no darle trabajo y decía que así eran más amigos, porque, juntos, no se llevaban bien. Y su madre vivía en una casita hacia los Periodistas y desde la galería se veía el mar y la niebla que a veces lo tapaba. Era una señora menuda como una ardilla, peinada de peluquería, con

muchas ondas. Tenía la casa llena de lazos. Quimet ya me lo había dicho. Encima del Cristo de la cabecera de la cama, un lazo. La cama era de caoba negra con dos colchones y una colcha crema con rosas encarnadas y todo alrededor haciendo ondas ribeteadas de encarnado. En el tirador de la mesita de noche un lazo. En los tiradores de cada cajón de la cómoda, otro lazo. Y un lazo en cada tirador de cada puerta.

—A usted le gustan mucho las cintas —le dije.

—Sin cintas una casa no es una casa.

Y me preguntó si me gustaba vender dulces, y le dije que mucho, sí señora, sobre todo rizar las puntas del cordel con el filo de las tijeras, y que estaba deseando que llegasen las fiestas para poder hacer muchos paquetes y sentir el ric-rac de la máquina registradora y la campanilla de la puerta.

—Menuda bromista —dijo.

A media tarde Quimet me dio un codazo que significaba, vámonos. Y cuando ya estábamos a la puerta de entrada, su madre me preguntó, ¿y el trabajo de la casa, también te gusta?

—Sí, señora, mucho.

—Tanto mejor.

Entonces dijo que nos esperásemos, volvió adentro y vino con unos rosarios de cuentas negras y me los regaló. Quimet, cuando estuvimos algo lejos, me dijo que la había conquistado.

—¿Qué te dijo cuando estabais solas en la cocina?

—Que eras muy buen muchacho.

—Ya me lo figuraba.

Lo dijo mirando al suelo y dando un puntapié a una piedrecita. Le dije que no sabía qué hacer con los rosarios. Dijo que los metiese en un cajón, que a lo mejor algún día me servirían: que no debía tirarse nada.

—A lo mejor le servirán a la nena, si tenemos una...

Y me dio un pellizco en la molla del brazo. Mientras me lo frotaba, porque me había hecho daño de verdad, me preguntó si me acordaba de no sé qué y dijo que pronto se compraría una moto, que nos vendría muy bien porque cuando estuviésemos casados recorreríamos todo el país, y que yo iría detrás. Me preguntó si yo había ido alguna vez en una moto con algún muchacho y le dije que no, que nunca, que me parecía muy peligroso, y se puso contento como un pájaro, y dijo ¡qué va, mujer!...

Entramos en el Monumental a hacer el vermut y a comer pulpitos. Allí se encontró con Cintet, y Cintet, que tenía los ojos muy grandes, como de vaca, y la boca un poco torcida, dijo que había un piso en la calle de la Perla bastante bien de precio pero abandonado, porque el dueño no quería quebraderos de cabeza y que las reparaciones tendrían que ser a cuenta de los inquilinos. El piso estaba debajo de la azotea y esto nos gustó mucho y más todavía cuando el Cintet nos dijo que la azotea sería toda para nosotros. La azotea sería todo para nosotros porque los vecinos de los bajos tenían patio interior y los del primer piso, por una escalera de caracol, iban a un pequeño jardín que tenía lavadero y gallinero. Quimet se entusiasmó y le dijo a Cintet que no debían dejarlo escapar de ningún modo y Cintet dijo que al día

siguiente iría allí con Mateu y que fuésemos nosotros también. Todos juntos. Quimet le preguntó si sabía de alguna moto de segunda mano, porque un tío de Cintet tenía un garaje y Cintet trabajaba en el garaje de su tío y Cintet le dijo que ya lo miraría. Charlaban como si yo no estuviese allí. Mi madre no me había hablado nunca de los hombres. Ella y mi padre pasaron muchos años peleándose y muchos años sin decirse nada. Pasaban las tardes de los domingos sentados en el comedor sin decirse nada. Cuando mi madre murió, ese vivir sin palabras aumentó todavía más. Y cuando al cabo de unos cuantos años mi padre se volvió a casar, en mi casa no había nada a lo que yo pudiera cogerme. Vivía como deben de vivir los gatos: de acá para allá, con la cola baja, con la cola alta, ahora es la hora de tener hambre, ahora es la hora de tener sueño; con la diferencia de que un gato no ha de trabajar para vivir. En casa vivíamos sin palabras y las cosas que yo llevaba por dentro me daban miedo porque no sabía si eran mías...

Cuando nos despedimos en la parada del tranvía, oí que Cintet le decía a Quimet, no sé de dónde la has sacado, tan mona... y oí la risa de Quimet, ja, ja, ja...

Dejé los rosarios en la mesita de noche y me asomé a mirar el jardín de abajo. El hijo de los vecinos, que estaba de soldado, tomaba el fresco. Hice una bolita de papel, se la tiré y me escondí.